

PROMESA DE ARTISTA ES PALABRA DE REY.

I.

En la mañana de un domingo de mayo la gente se agolpaba á las puertas de la iglesia de monjas benedictinas de Lisboa, invitada por la campana que anunciaba estar próximo á celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Entre los primeros que penetraron en el templo, notábase á dos jóvenes de traje sencillo pero aseado. Uno de ellos en particular mostraba en su rostro agraciado una cierta vivacidad acompañada de un cierto tinte de superior inteligencia que era bastante á conquistarse, solo á primera vista, las simpatías. Devotamente entraron estos dos jóvenes en la iglesia y despues de haberse persignado é inclinado, fueron á colocarse junto á una de las macisas y sólidas columnas que sostenian la nave.

Rato hacia que estaban allí y rato hacia tambien que uno de los jóvenes, el de mas espresivo semblante, paseaba sin cesar la mirada de sus ojos negros por la iglesia, examinando cada una de las personas que entraban, como si á alguien buscara ó á alguien esperara. Así seria en efecto, porque su compañero, viendo su impaciencia y la ineficacia de sus miradas, se le acercó y le dijo en voz baja:

—No vendrá.

—Seria la primera vez que faltara, —dijo entonces el primero con una voz dulce.

—Hubiera ya estado aquí, Alonso. La misa va á empezar.

—Lo sentiria en el alma, —contestó aquel á quien se acababa de llamar Alonso. Tú que estás metido en la corte, Luis, debias servirme para conocer á esa mujer que me tiene loco, fuera de mí, y que debe pertenecer sin duda, segun su porte, á una clase elevada.

—Pero, cómo no te ha ocurrido nunca la idea de seguirla? —preguntó Luis.

—Cien veces se me ha ocurrido, pero sin poderla llevar á cabo.

—Porqué?

—Porque siempre que la he visto aquí, á esta hora, nunca al concluirse la misa se ha salido como los demas, sino que, por el contrario, se introduce cada dia en el interior del convento á hablar con las madres, saliendo despues por alguna otra puerta que mi instinto de amante no me ha podido hacer adivinar.

—Será acaso una de las nobles protectoras de la casa?

—Puede ser.

En aquel momento se presentaba el sacerdote en el altar. Iba á empezar la sagrada ceremonia.

—Renuncia á verla por hoy, —dijo Luis doblando una rodilla. —Ya no viene.

—Mírala, ahí está! —esclamó Alonso cuyo cuerpo se estremeció repentinamente como el de un azogado.

Luis volvió la cabeza hácia la puerta y vió adelantarse, seguida de su dueña, á una muger jóven en apariencia, pero de cuya belleza no pudo juzgar porque un manto negro la cubria el rostro. La jóven y la dueña pasaron por junto á nuestros dos amigos y fueron á arrodillarse á pocos pasos de distancia, bajo el púlpito que en alto se sostenia clavado á la columna. Al llegar allí, la desconocida separó su velo, pero estaba de espaldas á Luis y este no pudo por el momento satisfacer su curiosidad. Aguardó pues á que se terminara la misa, la cual pasó como un rayo para Alonso que se consideraba incomparablemente feliz hallándose cerca de la muger que le tenia robada el alma y que todos los dias festivos veia allí, á dos pasos de él, de rodillas mientras duraba la ceremonia.

Terminada esta, las gentes empezaron á abandonar el templo. La jóven proseguia aun entregada á sus oraciones ó á su religiosa meditacion, porque tardó un buen rato en levantarse. Cuando lo hizo, habló dos palabras á su dueña y, cruzando la nave, fué á pasar otra vez por junto á los dos jóvenes, á quienes dirigió entonces una mirada que Luis permitió generosamente que Alonso se apropiara toda entera. Este sintió que penetraba en su alma todo un cielo de felicidad y ni siquiera observó la pálida sonrisa que se dibujaba en los labios de su amigo.

Cuando la jóven y su dueña hubieron desaparecido por una puerta lateral que conducia al interior del convento, Alonso se volvió hácia Luis.

—Dí, no es verdad que es hermosa?— le preguntó.

—Como un ángel, amigo mio. Pero no es extraño tampoco, siendo como es esa muger la pérla de Lisboa.

—Ah! la has conocido?

—Sí.

—Quién es?

—Salgamos primero, que mas despacio y mas libremente podemos hablar en la calle.

Los dos amigos salieron de la iglesia.

—Me tiene loco!—dijo el primero Alonso así que hubieron pasado el umbral;—mira, no lo tomes á ilusion ni á baladronada, Luis, pero cree que esa muger es mi vida. La adoro con delirio, con frenesí, y sin embargo ni he oido su voz ni la conozco siquiera. Quieres matarme con una palabra mejor que con una puñalada? Dime que no me amará nunca.

Luis no contestó y prosiguió andando.

—Que felicidad cuando me vea amado por esa muger!—continuó con entusiasmo Alonso;—cuando sienta resbalar su mirada acariciadora por mi frente de fuego y cuando me sienta abrasar al contacto de su mano fijos mis ojos en sus ojos! Yo soy así; he nacido para amar. El dia que la oiga murmurar tímida y ruborosa á mis oidos el delicioso « te amo », aquel dia, Luis, no me cambio por un rey; seré capaz de depositar á sus piés todos los tesoros del mundo si me los pide.

—Pobre necio!—contestó entonces Luis con una sonrisa de compasion,— todos los tesoros que tú, pobre oscuro nombre de artista, puedes ofrecerla son tus pinceles, los pinceles que deben crearte un hermoso porvenir, no hay duda, que ganarán un laurel para tu frente, es cierto, pero que no te alcanzarán jamás un escudo de armas con que poderte presentar á su padre para pedirle la mano de su hija.

—No te entiendo.

—Esa muger es noble.

—Y bien?

—Noble de la primera nobleza de Portugal, noble como el rey.

—Cómo se llama?

—Mira,—dijo Luis parándose ante una casa.

Alonso fijó sus ojos distraidos en el edificio que pareció indicarle su amigo con el gesto. Era un lujoso palacio.

—Sabes que casa es esta?—preguntó Luis.

—El palacio de los Souza.

—Pues bien, esa muger, la que amas con tanto delirio, es Catalina de Souza, la hija única de Don Luis de Souza Cavalho, el mas noble y mas orgulloso Señor de Lisboa.

—Ah!

El pintor Alonso quedó aterrado. En efecto, acababa de ver abrirse un abismo entre él y Catalina.

—No importa!—dijo con resolucion al poco rato,—yo salvaré la distancia. Dentro pocos dias acaso seré pintor de Doña Juana y entonces, á falta de escudo, tendré un empleo en que ningun noble de la tierra es capaz de reemplazarme. Adios, Luis.

—Dónde vas?

—Voy á ver al padre de Catalina.

—Eres un necio.

—Y á pedirle la mano de su hija.

—Eres un loco.

—Estoy enamorado.

—Te echará de su casa.

—Mejor; así estaré mas libre.

—Te negará la mano de su hija.

—Mejor; así podré robarla.

—Te hará apalear por sus criados.

—A mí!

Y toda la sangre del generoso mancebo se agolpó á su rostro y sus ojos brotaron llamas.

—Voy á verle,—dijo resueltamente el jóven con una sonrisa inesplicable.—Si él tiene un blason, yo puedo pintarle en un momento cien escudos de armas. Adios, Luis.

Y se entró decididamente en el palacio de Souza atravesando con paso rápido el vestibulo y subiendo la lujosa escalera que guiaba á las habitaciones principales.

Alonso se hizo anunciar y el señor de Souza no tardó en recibirle, pero así que hubo oido la mision del pintor, franca, sencillamente espresada, así que supo quien el era, la mas ruidosa y alegre carcajada resonó en el salon dejando inmóvil al jóven artista.

Precisamente en aquel instante penetraba en la estancia Catalina que se

paró también, sorprendida por la risotada de su padre en cuyos labios solo rara vez y por casualidad veía asomar la risa.

Alonso al ver á la jóven olvidó la afrenta que acababa de recibir desu padre para no pensar mas que en ella, en ella hermosa como una de las pinturas de Rafael, poética como su mas rica ilusion de artista. Sus ojos se clavaron en el bellísimo rostro de Catalina que, á su vez se admiró de hallar allí, en la habitacion de su padre al jóven de espresivo rostro y negros cabellos que todos los dias festivos veía en misa, apoyado en la columna mas inmediata al sitio donde ella tenia por costumbre colocarse.

El de Souza al ver entrar á su hija dió nuevo impulso á su hilaridad.

—Oye, hija mia, oye, Catalina..... decia teniendo que interrumpirse á cada paso por la risa, —habrase visto cosa mas chusca?... pues no me ha pedido tu mano ese jóven!.... él..... un. ... que se yo! un pintor..... Ja! ja! ja!

Y se dejó caer en el sitial ahogándose de risa. Catalina se quedó inmóvil y ruborizada por aquella descortesía de su padre, descortesía contra la que se habria firmemente rebelado el pundonor de Alonso, si en aquel momento todas sus facultades no hubiesen estado absorbidas por la encantadora muger que, radiante de belleza, se presentaba á sus ojos.

La afrenta hecha por el padre al jóven, cayó pues solo sobre el corazon de la hija, la cual, temiendo en Alonso los efectos del amor propio ofendido, se apresuró á mirarle espresivamente como para decirle en mudo pero elocuente lenguaje que no la tomára por cómplice en el proceder de su padre.. Alonso apenas habia oido las palabras del de Souza. Su atencion estaba toda entera concentrada en Catalina.

Para el pintor, corazon y puro corazon de artista, para el pintor aquella muger lo era todo desde el dia primero que la habia visto. Era una especie de adoracion, una especie de culto el que tributaba el alma entusiasta del jóven á la que, realizando todas las gratas ilusiones de sus sueños de oro, le decia en lenguaje comprensible para él solo: yo soy tu porvenir.

Alonso que sentia pues una necesidad de amar, miraba como un deber el amar á aquella jóven.

Cien años que hubiese durado aquella escena, cien años hubiera el entusiasta amante permanecido estático ante la belleza.

Así que la risa le hubo dejado respirar dándole un momento de desahogo, el viejo Souza se levantó, y cojiendo á su hija de un brazo, atravesó el salon llevándosela consigo y repitiendo entre carcajadas:

—Donosa ocurrencia!.... mi hija esposa de un pintor!.... ja! ja! ja!.... Qué te parece el lance Catalina?

Cuando hubieron salido, cuando con la partida de la hermosa se hubo desvanecido aquella especie de admósfera magnética que tenia envuelto al jóven Alonso en sus invisibles pliegues, nuestro héroe volvió en sí y comprendió todo el ridiculo de su posicion y toda la estension de la afrenta que habia soportado.

Lanzóse furioso fuera del palacio de los Souza y estuvo todo el dia vagando como un loco por las calles de Lisboa. Al llegar la noche, cuando ya las sombras tenian como amortajada á la ciudad, se acordó de que en su casa estarian inquietos y, volviendo en sí, tomó tranquilamente el camino de su morada, no sin forjar mil planes en su imaginacion calenturienta, planes tan pronto aceptados como tan pronto desechados por su poca solidez y peso.

Habia ya penetrado en su calle é iba á hacerlo en su casa, cuando sintió que le cojian por el brazo. Volvióse y se encontró con una tapada.

—Sois el pintor Alonso? —le dijo la desconocida con una voz particular que en lo zalamera y gangosa revelaba á una dueña.

—El mismo soy.

—Una dama desea hablaros.

El corazon del jóven dió un salto.

—Es una dama jóven y bonita, — añadió la tapada.

—Cómo se llama?

—No puedo revelar su nombre.

—Y que he de hacer para conformarme á sus deseos?

—Seguirme.

—Y nada mas?

—Nada mas.

—Echad pues á andar que ya os sigo.

Y en efecto, la tapada empezó á andar con paso rápido siguiéndola sin titubear Alonso.

Atravesaron varias calles y plazas protejidas por las sombras de la noche hasta llegar á una callejuela que el jóven creyó conocer como la que daba á espaldas del palacio Souza. La tapada se introdujo por ella, llegóse á una reja y poniéndose un dedo en los labios, le dijo al amante:

—No os movais de aquí.

Y en seguida desapareció.

Pocos momentos despues oía el jóven el ruido que hacian abriéndose los

postigos de la reja y á través de sus hierros veía aparecer una forma blanca que murmuraba su nombre.

El artista creyó morir de felicidad.

Era Catalina, Catalina de Souza.

II.

Era Catalina, no hay que darle vueltas. El amor es un muchacho muy travieso que no admite burlas y que no entiende en categorías. Para él todos los hombres son iguales ante su aljaba, y lanza sus saetas lo mismo al pobre que al rico, lo mismo al noble que al plebeyo.

Alonso al ver un día por casualidad en misa á la heredera de los Souza, se habia perdidamente enamorado de ella sin conocerla, y Catalina al ver siempre de pié junto á una columna á un jóven que la miraba con los ojos de la ternura y de la pasion, habia sin saber como encontrado agradable aquel homenaje. No era que amase todavía al jóven desconocido, pero un paso, un pasito solo podia conducirla á este punto.

La escena de aquella mañana con su padre fué este pasito. Cuando Catalina hubo abandonado el salon, encontró que su padre habia hecho muy mal de reirse de aquel jóven de rostro melancólico y apasionada mirada, y una hora despues sintió una impaciencia tal, una tal inquietud, una desazon tan singular, que su dueña, muger esperta en achaques de galanteria, no vaciló en decirle sin embajes ni rodeos que no provenia aquello de otra cosa que de su amor al jóven de la iglesia.

La niña, acostumbrada á dar entero crédito á las palabras de su dueña, creyó que podia tener razon. Desde aquella noche los dos jóvenes se vieron á través de la reja del callejon, desde aquella noche empezó para sus dos purros y cándidos corazones una vida de encantos y de delicias.

Todo fué perfectamente hasta llegar una noche..... noche fatal!

En dicha noche, Catalina entre sollozos y suspiros dijo á Alonso que su padre queria casarla con un primo suyo al servicio del rey de España, y que deseaba el viejo Souza celebrar este enlace antes de poco, pues iba á partir de embajador á los Países Bajos, cerca del monarca en cuya corte estaba el novio.

Renunciamos á pintar la angustia y desesperacion del jóven. Su amada iba á partir y á partir para enlazarse con un hombre que no era él, él que la adoraba con tan insensato delirio!

—Sin embargo,—le dijo Catalina—tengo esperanza. Puede que haga ceder á mi padre de su propósito. Nada hay aun perdido. Siguenos á Bruselas donde vamos y confía..... confía en mí mientras..... mira,—dijo la hermosa interrumpiéndose y arrancando de su escarcela una borla dorada que entregó á su amante á través de la reja — mira, confía mientras no recibas la otra borla de mi escarcela igual á esta que te doy. El dia que yo te la arroje ó la haga llegar á tus manos, aquel dia será preciso separarnos para siempre. Yo tendré que obedecer á mi padre y moriré por obedecerle.

Fué aquella para los dos jóvenes una noche bien triste. A los pocos dias el de Souza, nombrado embajador cerca del rey Felipe II, partia acompañado de su hija para los Países Bajos, y Alonso, el pobre Alonso, se quedaba en Lisboa abandonado como en una ciudad desierta.

Decidióse á ir en pos de su amada, decidió partir para Bruselas por largo que fuera el viage. Reunió todo el dinero que tenia, que era por cierto un bien pobre peculio, y abandonando sus proyectos de ser pintor de la princesa Doña Juana, cosa que tenia ya bastante adelantada, partió para los Países Bajos con la imaginacion llena de ilusiones pero con el bolsillo bien desprovisto.

No le seguiremos en su larga caminata, no le seguiremos tampoco en los primeros dias de su permanencia en Bruselas donde, falto completamente de recursos, llegó hasta el extremo de tener que dormir en la calle bajo las ventanas de su amada, la cual si bien, ignoraba que hubiese llegado á tal punto su miseria, le sabia sin embargo en la ciudad porque dos ó tres veces le habia visto, sin nunca poder hablarle.

Dejaremos pues en su vida un vacío de dos ó tres meses. El lector sabrá llenar este vacío con los episodios naturales á un jóven sin recursos que se halla en una ciudad estrangera donde todos los rostros le son desconocidos, donde todas las puertas le están cerradas.

La miseria, el último grado de la miseria llegó para Alonso. Y á esto se le reunió el no poder hablar jamás á su amada, el no hallar nunca ni siquiera una ocasion favorable para decirle: Te adoro!

III.

Un hombre envuelto en los anchos pliegues de una capa española cru-

zaba, — era mas de media noche, — por una de las mas concurridas calles de Bruselas. Seguia distraido su camino, cuando se detuvo sorprendido ante un bulto que se le presentó en el suelo y que la luz de la luna le permitió examinar.

Era un jóven que dormia profundamente, recostado en uno de esos apoyos que en aquella época se notaban ante las puertas de casi todas las casas. Paróse el transeunte á contemplar al dormido jóven. Su vestido no revelaba ni siquiera una mediana fortuna y en su rostro enflaquecido, donde se veia marcada con sello indeleble la espresiva huella de la inteligencia, se notaba tambien la aguda señal del dolor ó el terrible dominio de la miseria ó acaso entrambas cosas á la vez.

Sintió el transeunte cierto movimiento de compasion hácia aquel hombre de noble fisonomia que dormia en un rincon de la calle, y habia ya adelantado el brazo para despertarle, cuando, pensándolo mejor acaso, suspendió su movimiento y prosiguió su camino.

El dormido no era otro que nuestro conocido Alonso.

Tres noches despues volvia á pasar por aquel mismo sitio el mismo transeunte y hallaba tambien dormido junto al poyo al jóven que ya habia llamado la primera vez su atencion. Aquel dia no pasó de largo, sino que dándole una palmada en el hombro le despertó.

— Ignorais, — le dijo el desconocido, — que está prohibido dormir en las calles? Como acierte á pasar una ronda os lleva á la carcel.

Alonso miró al transeunte.

— Y á vos que os importa? — le dijo.

— A mí, maldito! Solo la humanidad me ha impelido á despertaros. Una noche á la intemperie puede traer funestas consecuencias á vuestra salud.

— Sois por ventura médico?

— Puede ser.

— De todos modos gracias. Me habeis hecho un singular obsequio en despertarme.

— Se puede saber porqué?

— Porque así me he convencido de que vivo.

— Lo ignorabais?

— Estaba dormido y me cria feliz.

— Luego sois desgraciado cuando estais despierto?

— Sí, muy desgraciado!

— Tan jóven!

— La desgracia no se fija en edades.

— Teneis razon. Quereis contarme vuestras cuitas?

— No me gusta escojer para confidentes á personas desconocidas.

— Acaso yo pudiera aliviarnos, consolaros.....

— Es imposible. Mis penas son inconsolables.

— Rehusais mis ofertas?

— Seguid en paz vuestro camino. Otro las admitirá. No faltan en el mundo desgracias que se prestan á consuelos.

— Las vuestras no son de esta clase?

— Nó.

— Luego nada puedo hacer or vos?

— Sí.

— Qué?

— Puedo deberos un servicio y á ello os quedaré agradecido.

— Decid, cual?

— Soy extranjero y aun cuando hace algun tiempo que habito esta ciudad, no conozco todavía sus calles. Indicadme por donde se va al rio.

— Por donde se va al rio! Para qué?

— Para ir á pasear por su orilla.

— Es idea!

— Yo las tengo muy raras. Con que, me decís el camino?

El desconocido se lo indicó.

— Gracias! — dijo el jóven.

Y se alejó tomando la direccion que acababa de mostrarle el transeunte. Este que habia hallado en Alonso cierto no se qué simpático, permaneció largo rato siguiéndole con la vista y pensando que es lo que podria llevar á aquel hombre á orillas del rio. Nuestro pintor continuaba entretanto su camino, pero fuerza es dar aquí algunas aclaraciones, antes de poner de manifiesto los hechos que se van á seguir.

Cuando Alonso llegó á Bruselas, su caudal se extinguia por momentos. Apenas le quedaban algunas monedas, las cuales le sirvieron para corresponder á las necesidades de los primeros dias. La mas terrible miseria empezó á asomar el rostro junto á Alonso. Éste, sin embargo, confiado é indiferente, en nada queria pensar mas que en su amada á la que vió de lejos varias veces y con la cual cruzó todo el fluido magnético de sus miradas. Llegó el momento en que Bruselas fué para el jóven una ciudad

inhospitalaria. Apurados sus postreros recursos, en vano buscó donde ganar siquiera un maravedí. Ofreció á un posadero llenarle la casa de cuadros si le daba albergue ocho dias y le echó á la calle. Ofreció á otro hacerle su retrato por una comida y le volvió la espalda. Alonso estaba desesperado. Hacia ya cuatro noches que dormía en el duro suelo, junto al poyo de la puerta y bajo la ventana de su Catalina. Hubiera dado la mitad de lo que podia quedarle de vida para verla un momento, para decirle que la amaba, que tenia celos, que se moria por ella y que moria sobre todo inquieto y desesperado.

Ya la vió, pero sin hablarla. Catalina se asomó á la ventana y tropezaron sus ojos con el semblante pálido, escesivamente pálido de Alonso, el cual la miró con tan marcado sentimiento de ternura, que la heredera de los Souza sintió destrozarse su corazon rasgado por aquella mirada en que se leía todo un siglo de tormento. Tambien Catalina estaba muy pálida y Alonso pudo observarlo. La jóven estuvo largo rato mirando al pintor sin pestañear, en seguida llevó la mano derecha á su corazon y levantó los ojos al cielo; por fin, como obedeciendo á la fuerza, sacó su mano fuera de la ventana y dejó caer un objeto á los piés de Alonso.

Era la otra borla de la escarcela.

El pintor hubiera preferido sentir destrozarse sus carnes por garfios candentes, porque fué aquello para su alma un bien cruel y un bien terrible golpe. Catalina desapareció de la ventana luego de haber arrojado la borla, y Alonso sintió como que con ella desaparecia todo. Gloria, ensueños, placeres, ilusiones, amores, porvenir, todo huyó para Alonso que lanzó un grito lúgubre de dolor, el grito desesperado del alma que se rompe y se despedaza á impulso de su mismo sentimiento.

Por otra parte, la miseria era el único patrimonio del artista y la miseria es un mal consejero.

Alonso decidió sentarse como los otros dias junto al poyo de la puerta, esperar allí la noche y llevar á cabo entonces cierto plan que se habia formado. En efecto, se recostó en el suelo y la fatiga y el mismo sufrimiento le sumieron en una especie de soñolencia tranquila y sosegada, de la cual fué á arrancarle para volverle á las espantosas realidades de su vida la mano cruel del desconocido transeunte.

Cuando este le hubo señalado á Alonso el camino que conducia al rio, el jóven, murmurando un adios á la señora de sus pensamientos, se encaminó en línea recta hácia el sitio donde, á los rayos de la luna, brillaba el rio co-

mo la espalda cubierta de escamas de un deforme y monstruoso pez. Al llegar á la orilla, se arrodilló sobre la arena, rezó una plegaria entre dientes, é iba á precipitarse, cuando sintió que le cojian por el cuello de su ropilla.

Volvió el rostro. Era el transeunte.

— Otra vez? — murmuró el jóven impaciente.

— Otra vez, — contestó con calma el desconocido.

— Quiero saber, caballero, porqué os meteis en lo que no os importa?

— Y quién os ha dicho á vos que no me importa? Todo hombre tiene derecho á consolar al que sufre, todo hombre debe tender una mano al desgraciado, todo hombre al ver correr á un hermano á una muerte violenta, tiene obligacion de decirle como yo os digo: Sois cristiano y quereis suicidaros?

— Pasad vuestro camino y dejadme en paz.

— Joven, ó estais loco ó desesperado. De todos modos, no os hallais en vuestro cabal juicio y yo no puedo permitir que un cristiano atente contra su vida conquistándose por una cobardia la condenacion eterna. Haceis mal en no contarme vuestras cuitas, jóven; acaso yo podria hallaros remedio. Decidme: es el amor el que os conduce al suicidio? es la miseria?

— Con qué derecho me preguntais?

— Con el derecho que tiene el hombre que piensa para con el hombre que sufre, con el derecho que á todos nos ha concedido Dios de hacernos hermanos.

El jóven artista se dejó caer sobre una piedra, abatido y exhausto de fuerzas. El hombre de la capa se sentó á su lado, y le cojió una mano.

— Jóven, vuestra mano arde con el fuego de la fiebre; jóven, vos sois desgraciado y yo quiero ser vuestro amigo. Contadme vuestras penas.

Alonso habia llegado á aquel punto de los corazones dolientes y generosos en que es una necesidad tener un amigo en quien depositar sus pesares, con quien partir el dolor que sobra y que es carga demasiado pesada para sobrellevarla uno solo. Se dejó pues arrastrar por la simpatía que supo inspirarle el desconocido, y, poco á poco, de palabra en palabra, de confesion en confesion, fué contándosele todo, su amor, su locura, su desesperacion, su miseria, su último golpe en fin. Arrastrado por la elocuencia y la verbosidad del dolor, acabó por no ocultarle el nombre de su amada, nombre que al oirle obligó á hacer un movimiento al desconocido.

— Catalina de Souza! — dijo como si recordára.

— La conoceis? — preguntó el artista.